



Las minas llevaron a las provincias semidesérticas del Norte fuertes contingentes de obreros. Allí se iniciaron los primeros conflictos sociales.

el futuro. La «vía chilena al socialismo» tiene que desarrollarse en un marco de expansión económica, dice. Chile cuenta para ellos con 7.000 ingenieros («Chile produce técnicos, vinos y economistas. Y poetas también») y unas condiciones naturales favorables: con la base del hierro, del acero, de la petroquímica, se piensa en la posibilidad de «un gran salto industrial». Y se mira ya hacia una agricultura especializada, una agroindustria de pequeñas plantas procesadoras que permitiría la exportación de frutas en conserva y vino (el vino chileno es de gran calidad: «Pero no lo exportaremos todo. Nos gusta mucho; nos pasa como a ustedes los españoles»). Y las estepas de Magallanes, donde se ha expropiado un latifundio de 528.000 hectáreas, podrían suministrar ganado bovino para todo el país (diez millones de habi-

tantes) y aún quedaría para exportar...

Detrás del palacio de la Moneda, sede presidencial, está el teatro Antonio Varas. Allí se representa «El Degenéresis», de Edmundo Villarroel, parábola musical sobre los pequeños burgueses. Se juzga a uno de ellos. El pequeño burgués («a los veinte años suele ser partidario de la revolución. A los cuarenta defiende a su patrón. Y a los cincuenta se conforma con la mitad de la jubilación») se niega a colaborar con la revolución («Aquí en Chile ya con Portales hicimos todos los cambios posibles»), es proamericano («el futuro se llama IBM», «En USA hasta los negros, fijese, tienen televisión»), celoso de su pequeño «status» («y estos rotos nos quieren gobernar»)... Al final, el pequeño burgués es condenado a muerte y resucita convertido en un hombre nuevo. ■ V. M. R.

EL DESAFIO CHILENO

CESAR ALONSO DE LOS RIOS

Chile dominó la materia, apartó de las piedras el mineral yacente, éste se fue a Chicago de paseo...

(Pablo Neruda, «Odas elementales».)

tienen los ministros, pero éstos aún conservan el poder económico.

Basta una breve estancia en Chile para hacerse cargo de la sorda batalla que allí se libra en torno a

la Plaza de Armas, entre el Palacio de la Moneda (la residencia presidencial) y los Bancos, en el Congreso, en el Tribunal Supremo, en los periódicos, en las centrales de

los partidos políticos. Al amparo de la vieja Constitución, la máquina política recién tomada por un Gobierno que sólo cuenta con seis meses de vida y que tiene ante sí

Son los «momios», los que votaron a Alessandri, al Partido Nacional.



La comuna de San Miguel una de las catorce que componen Santiago de Chile, tiene de su parte al Gobierno. Aquí las gentes llaman «compañero» a Salvador Allende. La comuna de Las Condes, en cambio, perdió el gobierno el 4 de septiembre de 1970, y sus habitantes llaman a Allende el «pachá» (Presidente de algunos chilenos avisados). La comuna de San Miguel se extiende por la llamada periferia de Santiago; sus casas son de tabla y apenas tienen servicios. Es la miseria organizada que lo espera todo de Unidad Popular, a la que votó. En Las Condes viven los allegados a la oligarquía, sus residencias de alerce se ocultan entre los álamos que ya amarillean en este otoño chileno. Son los «momios», los que votaron a Alessandri, al Partido Nacional. Aquellos



Allende dice incansablemente que UP tiene el gobierno, pero no el poder real. «El poder sólo lo tendremos cuando el cobre sea nuestro, cuando el hierro sea nuestro, cuando el salitre sea auténticamente nuestro, cuando hayamos hecho una profunda y rápida reforma agraria...».

cinco años y medio por delante, aprueba diariamente decretos y toma medidas de tipo económico y social que afectan radicalmente a aquellos que montaron para sí una determinada legalidad. En este corto período se han nacionalizado ocho Bancos, el acero, se aceleran las expropiaciones de tierra por CORA (Cooperación de Reforma Agraria)... Uno de los latifundios expropiados tenía una extensión de 520.000 hectáreas. A veces, el Estado debe hacerse cargo de empresas abandonadas, como es el caso de Purina, propiedad de Rockefeller y G. Edwards.

La legalidad democrático-burguesa está dando mucho de sí.

La última ilusión de los derrotados en las elecciones a la Presidencia (que el Gobierno se fuera por una vía reformista) se ha desvanecido ya. El enfrentamiento se cuece por dentro y rara vez salta a la calle. La vida transcurre con normalidad. Una larga tradición de respeto, casi mítico, al cliché democrático occidental impide respuestas violentas. La lucha se libra en el terreno económico: cierres de fábricas, abandono de la construcción por parte del capital, éxodo de capitales.

El paro aumenta, la «cesantía», como se dice aquí. Incluso se preparan conspiraciones o se intenta aprovechar el descontento de los taxistas para provocar una paralización de la vida ciudadana. El mes pasado fueron incendiados los locales de la FECH (Federación de Estudiantes Chilenos), a la que siguió una inmensa concentración estudiantil en la Alameda. Hay tensión, pero no hay disparos. Los hubo apenas terminadas las elecciones a la Presidencia. Fue asesinado el comandante en jefe del Ejército, el general René Schneider, por no haber querido prestarse a conjurar contra el Gobierno de Allende. El Ejército chileno ha mantenido siempre una actitud respetuosa hacia el poder civil. La muerte de Schneider ha favorecido, indudablemente, al Gobierno de Allende.

Pan y techo

El autobús enfila por la Alameda, y en seguida comienza a descender la altura de los edificios. Pronto queda atrás el bien trazado centro, las manzanas horadadas por los innumerables pasajes comerciales. En las aceras, pirámides de frutas; pequeños, numerosos quioscos. En los muros, los letreros de las últimas elecciones municipales, en las que el Gobierno consiguió aumentar el número de votos, del 36 al 51 por 100: «Dale al "momio" donde más le duele...» «Vota UP...» «Vota Carmen Frei». La ciudad es ahora horizontal. En los barrios de casitas molineras se asienta la inmigración campesina que se ha integrado, o

pretende hacerlo, en la industria santiaguina. La capital concentra a un tercio de la población del país (más de nueve millones de habitantes), que con las cercanas Valparaíso y Viña del Mar representa la mitad de los habitantes de Chile. Tres de cada cuatro chilenos son urbanos y uno campesino. A veces, los paneles propagandísticos llenan cercas o muros enteros: «El fascismo al inodoro de la historia», etcétera, etcétera. Hay, incluso, murales de masas. Estas barriadas de Santiago son abiertas, soleadas. En Valparaíso, las casitas se encaraman por los treinta y tantos cerros que forman la ciudad.

Los primeros beneficiarios de las medidas sociales del Gobierno han sido los habitantes de estas comunas de barriada, abiertas y soleadas, de escasos ingresos (el promedio en Chile es de 35 dólares mensuales), faltos de vivienda, a los que podríamos llamar, sin duda, la primera generación del nuevo régimen. Sus reivindicaciones inmediatas eran pan, techo y trabajo. En los primeros días de Unidad Popular los trabajadores ocuparon solares cercanos a la ciudad y levantaron, apresuradamente, campamentos. Los CUP (Comités de Unidad Popular) reparten diariamente medio litro de leche por niño. La «cesantía» sigue siendo un problema agudo y no basta para remediarla las obras de la primera línea del Metropolitano en construcción, con la que se enlazará el centro de la ciudad con los barrios extremos, de escasisíma densidad de población, ni algunas otras obras estatales. La política de congelación de precios y aumento de salarios ha permitido elevar, momentáneamente, el nivel de vida. Pero las organizaciones políticas se enfrentan con una tarea no menos difícil: la de concienciar a la masa más allá de las meras reivindicaciones económicas y organizarla. Proliferan pasquines y se reparten «comics» mediante los que se pretende informar acerca de los problemas

políticos y económicos del país. La juventud (muy presente en la vida, ya que de cada diez chilenos, seis tienen menos de veintidós años) oscila entre la militancia política y la indiferencia. El impacto del nuevo Gobierno se podrá acusar especialmente en ella.

Curas en Chile

La casa está enclavada en plena comuna popular. Un alegre cobertizo se echa sobre el jardín. Hay un pequeño estanque con peces y varias tumbonas a la sombra. Junto a la puerta, un Cristo esquemático, un tablón de anuncios y máximas evangélicas. Ochenta sacerdotes —párrocos, algún vicario, profesores de Universidad—, que acaban de terminar unas jornadas sobre el tema «La participación de los cristianos en la construcción del socialismo en Chile», dan una rueda de prensa. Uno de los asambleístas lee ante los periodistas con voz resposa: «Constataremos la esperanza que significa para las masas trabajadoras la llegada al poder del Gobierno Popular y su acción decidida en favor de la institución del socialismo. Esta institución del pueblo no es errada». En el coloquio aclararon que no pretenden formar un grupo cerrado, ni menos enfrentarse con la jerarquía que en Chile ha dado pruebas de vocación social y aperturista. Un jesuita agregó que el abrazo que se dieron Allende y el cardenal de Santiago en la catedral, con motivo del «Tedém», después de la toma presidencial, es un símbolo de las relaciones entre el Estado y la Iglesia. Su movimiento no tiene nada que ver con Iglesia Joven, cuyos miembros participan, con los trabajadores, en las ocupaciones de terrenos.

Hay cristianos integrados en Unión Popular. El MAPU es uno de los cinco partidos que participan en el Gobierno. Pero viene de una escisión reciente en la Democracia Cristiana y cuenta con un mi-

nistro, el de Agricultura, Jacques Chonchol. Por otra parte, la Izquierda Cristiana no se encuentra muy alejada del programa de UP y se especula en estos días con su posible escisión del PDC o bien con que su incidencia sobre el partido traslade el poder de Frei al centro. Su líder, y el inventor del término «izquierda cristiana», fue Radomiro Tomic, candidato a la Presidencia. En el mundo católico ha tenido una cierta repercusión el hecho de que diez periodistas demócrata-cristianos se sumaran a las conclusiones del reciente congreso de periodistas de izquierda.

Prensa en libertad

La rueda de prensa de los curas obreros fue muy comentada por la prensa al día siguiente. «Perdónalos, Señor, que no saben lo que hacen», podía leerse en un diario. En otro, la crónica iba ilustrada con un dibujo de un crucificado sobre la hoz y el martillo. Porque en Chile hay libertad de prensa. Y la prensa más sólida, económicamente, está en la oposición: «El Mercurio», «La Tercera», «Tribuna», «Ultimas Noticias», «Sopa», «PEC», «Portada»... «El Mercurio» es el más importante, desde un punto de vista técnico, lleva tanto papel como casi todos los demás juntos y una abundante publicidad. En las elecciones del 64 apoyó a Frei, pero en las del 70 se lo retiró a la DC. Se pasó a Alessandri porque —según declaraciones del propio director— Radomiro Tomic anunció al consejo del periódico que no toleraría que nadie, incluso «El Mercurio», se opusiera a su programa si ganaba las elecciones. Ello era tanto como amenazar con la censura. Ahora, su oposición al Gobierno es constante, especialmente después de ciertas nacionalizaciones y el anuncio de otras. Esta institución en la prensa chilena pertenece a la familia Edwards, propietaria de un Banco, de numerosas industrias ligadas a los monopolios y de una cadena de publicaciones («Editorial Lord Cochran», «Corin Tellado», «El Musiquero», «Paula», «Ritmo», «Vanidades...»). No es, sin embargo, «El Mercurio» el diario más derechista. Los hay ultras. En cambio, apoyan a UP, «Puro Chile», «El Siglo» (comunista), «Ultima Hora» (socialista), «Clarín» y revistas como «Punto Final» o la recién nacida «Ahora». A finales del mes pasado, el Gobierno fijó el precio de los anuncios, que habían aumentado en un cincuenta por ciento a lo largo del último año. La medida fue interpretada por los periódicos de la oposición (los más beneficiados por la publicidad) como un atentado contra la libertad de prensa.

Los antagonismos que ha creado el actual proceso encuentran un

EL DESAFIO

fiel reflejo en la prensa. Las publicaciones de la oposición cargan las tintas en las dificultades económicas. «El Siglo» tiende a pasarlas por alto. Si muere un agricultor en la toma de unos fundos en Cautín, donde los mapuches, los indígenas, intentan recuperar lo que un día fue suyo, los diarios de la oposición destacan la noticia.

El «caso» chileno

El Presidente Allende ha declarado que respetará la libertad de prensa, si bien ciertos periódicos se verán afectados en sus fuentes de ingreso a medida que el poder económico de ciertos grupos disminuya. Allende dice, incansablemente, que UP tiene el Gobierno, pero no el poder real. Lo repitió en el XXXVIII Congreso del Partido Socialista, en el Caupolicán, y allí hizo, una vez más, profesión de revolucionario. Médico de profesión, dijo que recetaría piramidón a los que le reprochan que va demasiado despacio. Allende es un viejo político, tan práctico como doctrinario. Porteño, nacido de familia burguesa, hijo de radical y nieto de masones independentistas, como Bolívar, juró, a la muerte de su padre, dedicarse a la lucha política. Fundó el partido socialista, fue expulsado de la Universidad, detenido y procesado cinco veces. Se presentó tantas veces a las elecciones que ya corría el chiste de que en la lápida de su tumba pondrían: «Candidato a la Presidencia». Apostó por el poder y ganó. Ahora apuesta por la revolución de su país con un Gobierno que ha ganado democráticamente las elecciones, lo cual es una apuesta arriesgada. A Régis Debray le respondió: «El poder sólo lo tendremos cuando el cobre sea nuestro, cuando el hierro sea nuestro, cuando el salitre sea auténticamente nuestro, cuando hayamos hecho una profunda y rápida reforma agraria, cuando controlemos el comercio de importaciones y exportaciones, cuando colectivemos gran parte de nuestra producción, y digo gran parte porque, honestamente, le hemos planteado al país en el programa que habrá tres áreas: el área de la economía social, el área mixta y el área privada».

Este es el desafío que corre a lo largo de los cuatro mil kilómetros entre los Andes y el Pacífico, desde las mineras e industriales Concepción y Antofagasta a las provincias agrarias de Cautín y Osorno. Por vez primera, un proceso democrático podría desembocar en una revolución. Esta sería la originalidad chilena. El «caso» chileno. ■ C. A. R.

CHILE: AL TIRO

JOSE MARIA MORENO GALVAN

«**T**ODA rodeada de agua combatiente y nieve combatida...». Así, más o menos, describió Neruda una vez a su patria. Uno no lo nota cuando llega al aeropuerto de Santiago: la inminencia de las cosas presentes extiende como una cortina de humo sobre las ausentes. Pero uno recuerda, al bajar, que sólo unos minutos antes, desde la ventanilla del avión, ha divisado, nevada y majestuosa, la ancha cordillera andina.

Más o menos: Acabo de escribir, sin percatarme de ello, las tres palabras que constituyen la piedra angular de la filosofía básica de Chile. A lo largo de mis apretados quince días en ese país las encontraré muchas veces. Ellas presidirán mis actos, y yo sabré adaptarme fielmente a ellas para no caer en el mar de las inútiles lamentaciones. Esa es, digamos, la fórmula básica de su filosofía no escrita. Luego

están las otras, las escritas. Por ejemplo, lo que podría resumir la palabra libertad. Está en los libros, se la ve por los periódicos, se refleja en sus códigos y hasta la exalta su canción nacional. Pero ella no ha pasado desde los libros a la vida, sino al revés, desde la vida a los libros. Si bien se mira, esa ausencia de una frontera nítida entre el más y el menos —esa fianza que se le concede de antemano a lo imprevisible— es una consecuencia de la liberalidad.

Pues ya en Santiago sí es visible la nieve combatida. Es omnipresente en la vida de la ciudad, pues la cordillera lo preside todo. Basta abrir la ventana del hotel para ver siempre su telón de fondo. El agua combatiente, que por paradoja se llama Pacífico, hay que ir a buscarla 100 kilómetros más allá, en Valparaíso o Viña del Mar. Santiago es una ciudad grande,

aun cuando no excesivamente yugulada por sus cuatro millones de habitantes, porque es muy extensa. Preside su vida el palacio de la Moneda, noble y sobrio edificio colonial, que en su traza preponderantemente neoclásica guarda como la huella moralizadora de la Ilustración. Allí están la Presidencia de la República y algunos otros Ministerios.

El recién llegado de Europa —yo en este caso— tiene que adaptar inmediatamente su situación climática. En Chile, todo lo referente al tiempo físico ocurre exactamente al revés. Menos mal que ahora, en Chile, es la entrada del otoño, lo cual no difiere excesivamente de la entrada de la primavera que dejamos en España: no hace frío. Yo he tenido suerte. Yo tengo, como introductores a Chile, a tres viejos amigos, pintores, largamente conocidos en España por tareas comunes: José Balmes, catalán



El agua combatiente, que por paradoja se llama Pacífico, hay que ir a buscarla cien kilómetros más allá, en Valparaíso o Viña del Mar (vista aérea de esta última ciudad).